

La chica del vestido rojo

Asher

Edición no venal.

Prohibida su venta.

CROSSBOOKS

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Myriam M. Lejardi, 2024

© Editorial Planeta, S. A. 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Myriam M. Lejardi

**La chica
del vestido rojo**

Asher



Miami (Florida)

28 de enero de 2025, 21:00

La cabeza de Remi no se gira ni una vez mientras el taxi se aleja, la mía sigue al vehículo hasta que se pierde de vista. Tiene sentido; al fin y al cabo, ella ha decidido centrarse en el futuro y yo he preferido regodearme en el pasado.

Elijah me palmea el hombro con una de sus manazas y pregunta con una seriedad inusitada:

—¿Por qué has salido a buscarla si pretendías dejarla marchar?

—Quería que el final fuera solo nuestro.

—Entiendo —concede al cabo de unos segundos—. Creo que te equivocas y que eres plenamente consciente de ello, pero lo entiendo.

No soporto lo vacío que se ha quedado la carretera, así que me vuelvo hacia el lado opuesto y fuerzo una sonrisa. Espero que, de tanto fingirla, acabe convirtiéndose en un acto reflejo y deje de doler.

—Me alegra que no llevara el vestido rojo.

—La obligaron a ponérselo en la gala final —me echa en cara Elijah, como si yo hubiera sido el culpable. Tal vez lo fuese—. Esta noche han tratado de que usara el mismo color y se ha negado.

—Claro que lo ha hecho. —Arquea la ceja, sin comprender, y añade—: El rojo es solo para los comienzos.

Miami (Florida)

5 de febrero de 2025, 18:00

Abro la cremallera de la maleta, saco la prenda y la extiendo sobre la cama para examinarla.

Sigue siendo un pijama horroroso, igual que los recuerdos que trae consigo: las verdades de las

que me avergoncé, las mentiras que se me enquis-
taron y el millar de posibilidades que imaginé en-
tre unas y otras.

Mi teléfono suena. Descuelgo y activo el
manos libres:

—Buenas tardes, Sharon.

—Asher. —Su tono es dulce—. Acabo de
hablar con tu representante para ofrecerte par-
ticipar en un nuevo programa, pero me ha co-
mentado que has decidido no volver a aparecer
en televisión. ¿Es cierto?

Sonrío. Como lo hago para mí y no para el
resto, duele mucho menos.

—Evidentemente.

—Doblabamos tu caché.

En lugar de lanzar el pijama contra la pared
como las veces anteriores, empiezo a doblarlo.
Alineo cada borde con cuidado, aliso las arrugas
con la mano y respondo, distraído:

—Qué generoso por vuestra parte.

—¿Eso es un sí?

—En absoluto.

—Piénsalo —insiste, ya más ácida que dulce—, todo el mundo quiere saber qué ha sucedido entre Remi y tú después del cara a cara con Edna Thomas. Puedes ganar muchísimo dinero, Asher. Aunque suponga un esfuerzo, estamos dispuestos a triplicar...

—Tal y como te ha dicho mi representante, he acabado con la televisión —la interrumpo.

—¿Por qué?

Guardo el pijama de Remi en el armario, junto a los míos, y respondo:

—Porque ya os he vendido todas mis mentiras. Las verdades son para mí.

Cuelgo y vuelvo a echar de menos el instante en el que quise compartir esas verdades con alguien más.

Miami (Florida)

10 de febrero de 2025, 18:00

Enciendo el televisor, pulso el botón de HBO del mando a distancia y, por primera vez, selecciono *Trickster*. Voy al capítulo que corresponde al 28 de noviembre, avanzo para evitar la parte en la que se enfada conmigo por haber expulsado a su amiga y llego hasta el vestido rojo.

Es extraño ver algo desde tan lejos cuando lo has tenido al alcance de la mano.

Al comprobar que los telespectadores fueron testigo de cómo Remi se ponía aquella prenda que pidió para regalarme y que finalmente usó para castigarme, me hierve la sangre. He sido consciente desde el primer momento de que nada de lo que vivimos fue privado; sin embargo, no es hasta que observo su espalda desnuda al otro lado de la pantalla cuando me doy cuenta de lo incorrecto que es que otro te arranque la privacidad a cambio de dinero.

De pronto, desearía no haberle sugerido a Remi que dejara de vestirse bajo las sábanas. Por mucho que acabara favoreciéndole, soy consciente de que nadie, ni siquiera yo, se mereció ni un segundo de su timidez.

Aunque no observo su desnudez de forma sexual, la siento en las yemas de los dedos. Cuando desliza la tela roja por su cuerpo, cuando coloca las costuras y vuelve a poner en su sitio un tirante que se ha bajado antes de tiempo, me reaffirmo en que esa prenda fue el principio.

Da igual que nos conociéramos en un plató, que nos descubriéramos en una piscina y que nos imagináramos bajo las sábanas, ese vestido rojo enmarcó algo importante. Me enamoré de ella entre la primera y la última vez que se lo vi.

Aprieto el mando a distancia hasta que los nudillos se me ponen blancos. En la pantalla, otro Asher y otra Remi entran en el cubículo de la ducha. No se escucha su conversación, tampoco lo que hicieron después. Pese a ello, emitieron hasta el final. Les arrancaron lo que pudieron.

Veo sus (nuestros) cuerpos moviéndose a través de la mampara, recuerdo sus (nuestras) palabras y contengo el impulso de apagar el televisor o, peor, de destrozar la pantalla de Arabella, igual que hice con la de *Trickster*. En su lugar, cojo el móvil y marco un número que pensé que no utilizaría.

Cuando descuelga, suelto sin siquiera saludar:

—¿Te arrepientes de haberte follado a Heather?

Oigo el suspiro de Elijah y casi veo su expresión cuando responde:

—No. ¿Habría preferido que no hubiera gente mirando? Claro. Pero no me arrepiento. Hice lo que quería hacer, con quien quería hacerlo. Gracias a pesar de las circunstancias, qué más da. ¿Y tú, principito?

Miami (Florida)

12 de febrero de 2025, 17:00

Mientras que el futuro te ofrece un sinfín de posibilidades, los recuerdos son finitos. El pasado se acaba, por mucho que trate de aferrarme a él de todas las formas que se me ocurren. Reproduzco una y otra vez los peores y los mejores días que viví entre las paredes transparentes de esa casa, cierro los ojos y recuerdo las conversaciones que logramos esconderle al mundo, juego a imaginar mentiras.

—Imagina que no estás tumbado solo en esta cama —me digo—. Imagina que no es la casa de una mujer a la que fingiste querer, sino la de una a la que finges no querer...

La risa me escuece en la garganta. Es patético.

Alargo la mano. Mis dedos pasan de la tela de un pijama horrible a mi móvil. Antes de marcar el número, soy consciente de que estoy siendo ridículo, pero no sé qué más hacer desde la comodidad del pasado, así que pulso la tecla de llamada e interrumpo su saludo con brusquedad:

—Quiero el vestido.

—¿Disculpa?

—El rojo. El que llevó en la gala final. Sabes a cuál me refiero. —Como la productora no responde, insisto—: ¿Qué pides por él?

—Un especial. Habla de lo que significó para ti el último mensaje de Remi, de a qué te dedicas actualmente y cuáles son tus planes de futuro. Grabaremos un veinticuatro horas contigo. Te dejaremos revisar el contenido antes de emitirlo, si quieres.

—No pienso volver a aparecer en televisión.

Tras unos segundos de silencio, Edna Thomas estalla en carcajadas. Creo que nunca la he escuchado reír de esta forma. No logro unir lo sincera que suena esta carcajada con la falsedad de la sonrisa que le recuerdo.

—Me estaba burlando de ti. He tenido un día muy duro y merezco darme un capricho. —Tras un suspiro, reconoce—: Ya no tenemos el vestido.

Como no puedo aferrarme a una prenda de ropa, me aferro a una estúpida idea y pregunto:

—¿Os lo ha pedido ella?

—¿Remi? Todo lo contrario. Mucha gente se interesó por él y, por deferencia, se lo ofrecimos. No lo quiso, pero sugirió que lo subastáramos y donáramos el dinero a un hospital. —Chasquea la lengua con más cariño que paternalismo—. Ya sabes cómo es. Organizamos la subasta hace tres días.

—¿Quién lo compró?

—Sloane no sé qué.

—¿Cuánto ha pagado por él?

Las pausas dramáticas de Edna Thomas duran lo mismo dentro y fuera de la televisión.

Uno.

Dos.

Tres.

—Un par de millones. ¿Por qué? ¿Quieres comprárselo?

Cuelgo el teléfono y durante los mismos segundos que duran las pausas de la presentadora (uno, dos y tres) me planteo hacerlo.

Me pongo a pensar en por qué Remi no habrá querido el vestido y, como siempre, empiezo contemplando el peor escenario: que lo odia porque, pese a haber significado nuestro principio, la obligaron a asociarlo con nuestro final. O, peor aún, que ha dejado de importarle.

Paso la mano sobre ese pijama horrible, cierro los ojos y rebusco entre el miedo y el rencor una alternativa más realista: que haya necesitado deshacerse de él para poder avanzar. Como si se le hubiera enredado la prenda al tobillo y eso le impidiera echar a correr hacia el futuro.

Entonces, solo entonces, sonrío y me pregunto qué pinta tendrá su «mañana» y si alguna vez tendré el valor de echarle un vistazo al mío.

Miami (Florida)

18 de febrero de 2025, 2:00

—Su padre ha muerto —dice Elijah en cuanto descuelga el teléfono.

Nunca, ni siquiera cuando estaba convencido de que la odiaba, deseé que las cosas terminaran así. No parecía justo, no después de todo lo que Remi había sacrificado por él.

Antes de ponerle nombre al malestar que se me instala en el estómago, saco la maleta que guardo bajo la cama y pregunto:

—¿Cuándo es el funeral?

—El jueves —responde—. Pero, antes de que te presentes allí, plantéate qué es lo mejor para ella.

—¿A qué te refieres?

—¿La has perdonado? —me devuelve.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es, principito. Acaba de morir la persona por la que pausó su vida y precisamente

tú eres por quien deseó volver a ponerla en marcha. No voy a permitir que pises Atlanta si no es para quedarte.

La última palabra consigue paralizarme. Me fijo en la camisa que tengo en la mano, en las que ya he metido en la maleta de cualquier manera, y me pregunto si estoy dispuesto a permanecer al lado de Remi.

Si soy capaz.

—¿Estás amenazándome, Bennett?

—Podría, pero me da la impresión de que ya no es necesario. Me estoy limitando a recordarte que tienes miedo —responde, dándole nombre al malestar de mi estómago—. Mira, Asher, ella no te ha olvidado, pero lo está intentando. Y se merece conseguirlo, lo sabes igual que yo.

Tenso tanto la mandíbula que me duelen los dientes. Claro que lo sé.

—¿Para qué me has llamado, entonces?
¿Solo querías informarme de lo de su padre?

—Qué va. Te habrías enterado en unas horas, cuando salga en televisión. Te llamo para asegurarme de que haces lo correcto.

Aparto de golpe la maleta, me siento en la cama y me paso las manos por la cara con frustración.

—Ya no sé qué es eso —reconozco.

—Claro que lo sabes.

Pasamos medio minuto en silencio, tal vez más, hasta que pregunto:

—¿Sigues pensando que soy el villano?

—La gente cambia.

—Yo no.

—Tú también, pero más despacio.

Miami (Florida)

18 de febrero de 2025, 05:00

El taxi me deja en el Aeropuerto Internacional de Miami con una maleta, la mano manchada de tinta y un montón de dudas.

La maleta es la misma que llevé a *Trickster*.

La tinta es la misma que la de la nota de despedida que le he dejado a Arabella.

Las dudas son las mismas que me persiguen desde hace semanas.

Me acerco al mostrador de venta de billetes. Es demasiado pronto o demasiado tarde, así que no hay nadie haciendo fila. La mujer que está al otro lado no levanta la vista de la pantalla del ordenador cuando inquiera con voz adormilada:

—¿Adónde desea ir?

—Al Hartsfield-Jackson.

—Atlanta, de acuerdo. ¿Ida y vuelta?

—Solo ida.

—El primer vuelo sale a las once y treinta y cinco. Por solo cincuenta dólares más, podrá seleccionar su asiento.

Lo mejor de regodearse en el pasado es poseer la certeza absoluta de a qué te atienes. No cambia con independencia de que lo analices desde mil perspectivas distintas. El futuro, sin embargo, implica caminar a oscuras sin saber qué te esperará cuando abras los ojos. No sabes dónde están los baches, así que lo más seguro es que tropieces.

Y caigas.

Y sufras.

—¿Señor? —insiste la mujer.

—He cambiado de idea. ¿Cuáles son los vuelos para San Francisco?

San Francisco (California)

24 de julio de 2025, 00:00

No me cuesta engañar al de seguridad para colarme en su camerino. Llevo cinco meses ensayando en el teatro, los dos últimos actuando, y vuelvo a saber cómo interpretar un papel. La diferencia es que ahora la gente espera que lo haga.

Cuando Elijah abre la puerta y me ve recostado en su sofá, no parece sorprendido. Me lanza la camiseta, que sé que se quita tras cada uno de sus monólogos, y se acerca al tocador para coger su teléfono. Murmura mientras teclea:

—¿Tanto echas de menos mis chistes? Te vi en la función de ayer. Estabas en tercera fila.

Empiezo a sonreír.

—Me habrás confundido con alguien.

Me devuelve el gesto cuando deja el móvil sobre la mesa.

—Es posible, es posible. En ese caso, también te confundí hace dos semanas, en Sacramen-

to. Y hace tres, en Los Ángeles. No me quiero ni imaginar lo duro que debe de ser para alguien tan egocéntrico como tú tener una cara así de común. ¿Has dejado de tener miedo?

—¿De tu humor? En absoluto, sigue siendo terrorífico. —Espero a que termine de reír y reconozco—: Todavía estoy aterrado.

—¿Y?

—Y no creo que vaya a dejar de estarlo nunca. Cuanto más te importa algo, más miedo te da perderlo. ¿Te vale?

—Me vale.

—¿Y bien? ¿Esta vez ha venido?

Elijah Bennett no es tan mala persona como yo, pero tampoco tan buena como Remi, así que estira la pausa que sigue a su respuesta todo lo posible. En ella, mi corazón coge carrerilla para recorrer a toda velocidad el «mañana» que he dejado aparcado durante tanto tiempo.

—Si no te lo digo, ¿a cuántos más de mis monólogos estás dispuesto a venir?

—A todos.

—Gracias por ayudarme a pagar el alquiler.

—Nunca compro la entrada, Bennett.

Cuando suelta esa carcajada que casi parece un ladrido, entiendo que me ha perdonado.

—Se acaba de marchar junto a Heather y Grayson —reconoce—. Van a un local que no está muy lejos de aquí.

—¿A cuál?

Encoge los hombros.

—Esfuézate.

Tras un suspiro, me incorporo y voy hacia la puerta. Antes de que mi mano toque el pomo, Elijah añade:

—Lleva un vestido rojo.

Sonrío.

—Claro que lo lleva. El rojo es para los comienzos.

